

AMBICIÓN. TRAICIÓN. FRONTERA.
NADIE LLEGA TAN ALTO SIN QUE ALGUIEN DECIDA EMPUJARLO.



LA CULEBRA

UNA NOVELA DE AMBICIÓN Y CAÍDA
EN EL SUR DEL PERÚ



SERGIO ESTEBAN FLORES PINAZO



QUIPU ANDINO · Novelas por un Sol



NOVELAS DEL MUNDO

L A C U L E B R A

1ª Edición

Autor:

Sergio Esteban Flores Pinazo

Editor:

Quipu Andino

(Edición independiente del autor)

Domicilio Legal del Editor:

Calle Teniente Alcántara 212 – B Guardia Civil – Paucarpata – Arequipa – Perú

Mes y Año de Edición:

Mayo de 2026

Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N°:

2026-05503

© 2026 Sergio Esteban Flores Pinazo.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio electrónico o mecánico, sin el permiso escrito y expreso del autor/editor.



NOVELAS POR UN SOL EDITORIAL

Biblioteca Digital de Literatura Peruana Contemporánea

SERGIO ESTEBAN FLORES PINAZO



PRÓLOGO

LA CULEBRA

*En la frontera, todos venden algo.
Algunos venden mercancía. Otros venden lealtad.
Y algunos venden a quienes alguna vez
llamaron hermanos.*



P R Ó L O G O

LA CULEBRA

Una novela sobre contrabando, lealtad y el precio de soñar demasiado alto.

“En la frontera, todos venden algo.

Algunos venden mercancía. Otros venden lealtad.

Y algunos venden a quienes alguna vez llamaron hermanos.”

SERGIO ESTEBAN FLORES PINAZO

Q U I P U A N D I N O

Literatura Contemporánea Peruana

Avance exclusivo · No para distribución comercial

L A C U L E B R A

PRÓLOGO*Yura, 2005*

Sergio Esteban Flores Pinazo



El sol de Yura cae vertical sobre el asfalto y Artemio Puma entiende, con una claridad que jamás tuvo en treinta y dos viajes anteriores, que la libertad pesa exactamente lo que pesan unas esposas de acero inoxidable fabricadas en Taiwán y compradas por el Estado peruano a sobreprecio en una licitación del año noventa y seis —esposas que cortan la muñeca izquierda no dramáticamente, solo lo suficiente para recordarle que el cuerpo tiene límites que la ambición ignoró durante seis años.

El calor es seco, brutal. Las manos esposadas a la espalda tiemblan —temblor mínimo que espera que los policías no noten, que Edgar no vea, que nadie registre como evidencia de que el hombre que cruzó fronteras treinta y dos veces sin caer finalmente se está quebrando por dentro.

Los tres patrulleros están estacionados en formación de emboscada. Dos de la Policía Nacional —una camioneta Nissan con la sirena rota y un patrullero Toyota con el

parachoques soldado—, uno de SUNAT —una 4x4 Mitsubishi con aire acondicionado que ronronea como animal satisfecho—. Detrás de ellos, el contenedor MAERSK. Azul oxidado. Veinte pies. Candado violado. Puertas abiertas de par en par como boca de ballena muerta.

Artemio está de pie junto al patrullero, esposado, vistiendo su mejor mentira: camisa blanca Hugo Boss —falsa, treinta soles— pegada a la espalda con dos lunas de sudor. Pantalón gris Zara, también falso, cuarenta soles. Solo los zapatos Guante son originales: trescientos ochenta soles, genuinos, comprados con dinero de culebra del mes pasado cuando todavía creía que lo falso podía sostener lo real si se visita suficientemente bien.

Las esposas le cortan más fuerte. El metal encuentra cada vez el mismo surco en la piel, cavando su propia memoria en la carne. Como si el cuerpo aprendiera, repetición tras repetición, que algunos errores no se olvidan: se graban.

Cinco agentes descargan el contenedor. El sonido es rítmico, mecánico, implacable: caja golpea asfalto —pausa dos segundos— siguiente caja —pausa—. Como funeral. Como campana doblando por muerto que todavía respira.

Artemio cuenta sin querer. Uno. Cinco. Doce. Treinta y siete. Como se cuentan muertos en accidente que no termina.

SONY. SAMSUNG. HP. EPSON.

Cada logotipo es mentira fabricada en Shenzhen por dólar la hora. Pero la mentira construyó su casa de tres pisos. Vistió a Samuel. Le dio tres años de cama de plaza y media antes de esto: patrullero con motor encendido esperando para llevarlo a comisaria donde firmara acta que convierte ambición en antecedente penal.

Un agente de SUNAT —barriga que habla de almuerzos del Estado— se acerca con una tableta.

—¿Cuánto declaraste en el DUA?

La boca de Artemio sabe a cobre.

—Ocho mil dólares.

El agente sonríe sin humor.

—Hay doscientos treinta mil dólares ahí dentro. Mínimo.

Artemio no responde. ¿Qué puede decir? Que mezcló treinta por ciento de mercadería declarada con setenta por ciento sin declarar porque creía que podía tener lo mejor de ambos mundos: la ganancia del contrabando y la tranquilidad de la legalidad. Pero los mundos no se mezclan. Eso lo está aprendiendo ahora, bajo el sol que quema, pero no tanto como el frío de Juliaca quemaba aquella madrugada de febrero, seis años atrás, cuando todo comenzó.



Un cóndor sobrevuela el retén. Alas enormes, negras, inmóviles contra el cielo vacío. Artemio lo mira y la voz de su madre regresa desde un hospital de Omate donde el olor a muerte ya impregnaba las sabanas:

“Los cóndores llevan las almas al otro lado.” Ahora lo sabe: al otro lado de uno mismo.

Una camioneta Toyota gris levanta polvo en la distancia —polvo rojo que brilla como sangre seca bajo sol vertical de mediodía—. Motor diésel tose acercándose. Artemio conoce

ese motor. Lo escuchó cien veces entrando a almacenes clandestinos en madrugadas de culebra.

La camioneta se detiene a veinte metros exactos. Ni lejos ni cerca. Distancia calculada con precisión de cirujano: distancia de ex hermano que viene a confirmar que el bisturí entro limpio.

Baja un hombre con saco sport beige, corbata aflojada. Edgar Vilca. Treinta y ocho años que parecen treinta hasta que miras los ojos: ahí viven los cincuenta que le costó sobrevivir veinte años en esto.

Camina con las manos en los bolsillos. Paso lento. Ni apurado ni reacío. Paso de hombre que hace trabajo necesario que odia pero que no puede delegar. Artemio reconoce el caminar —lo vio mil veces en cruces nocturnos—, reconoce la postura de hombros levemente caídos bajo peso invisible, reconoce al hombre que lo crio en este negocio y que ahora viene a verlo morir en él.

El estómago se le aprieta como puño.

Edgar camina hacia el contenedor. Saluda con un gesto a uno de los policías —familiaridad que Artemio nota pero que todavía no procesa, porque procesar sería admitir—. Se detiene a tres metros del contenedor, mirando los logos SONY impresos en las cajas como si leyera epitafio.

—Artemio.

Una palabra. Solo su nombre. Pero en el tono hay algo que Artemio reconoce: no es sorpresa de encontrarlo esposado. Es confirmación de que el plan funcionó.

El estómago se le cierra más.

—¿Fuiste tú?

La pregunta sale antes de que pueda detenerla. Antes de que pueda prepararse para la respuesta que ya conoce pero que todavía niega, porque negar es lo último que le queda antes de que verdad se vuelva irreversible.

Edgar no voltea. Solo mira al horizonte donde el Misti se recorta blanco contra azul de cielo que no tiene nubes porque en Yura ni las nubes se quedan. Volcán que ha visto esta escena mil veces desde que los españoles trajeron la traición como tecnología importada: hombre entregando a hombre con lógica que suena razonable hasta el momento exacto en que no lo es.

Silencio. Cinco segundos que se estiran como años.

—Artemio... —La voz sale ronca. Carraspea—. Tu querías ser diferente.

Pausa. Viento levanta polvo entre ellos.

—Pero Juliaca no deja a nadie ser diferente.

—¿Que tiene que ver Juliaca con esto? —La voz de Artemio sale más fuerte de lo que quiere. Las esposas tintinean cuando las manos intentan gesticular y no pueden—. Esto fue el chino. Fue el contenedor. Fue...

—Todo. —Edgar lo interrumpe. Ahora sí lo mira. Ojos sin lágrimas todavía, pero húmedos en los bordes—. Tiene que ver con todo.

Saca un cigarrillo del bolsillo. Hamilton. No lo enciende. Solo lo sostiene entre los dedos índice y medio como rosario.

—Si todos empiezan a importar legal, el sistema se cae. Las culebras se mueren. Los hermanos se mueren.

Su voz se quiebra en la última palabra. Apenas. Quiebre mínimo que solo alguien que conoce a Edgar veinte años puede notar. Artemio lo nota.

—Yo me muero. —Edgar dice esto último mirando el cigarrillo en vez de a Artemio.

—¿Cuánto te pagaron?

Edgar niega con la cabeza.

—Nada. Solo llame al contacto indicado. El resto se hizo solo.

Silencio. El viento arrastra polvo fino que se pega en los labios.

—¿Sabes que es lo peor? —Edgar levanta la vista—. Que yo te aprecio, hermano. De verdad. Pero Juliaca es más grande que tú y que yo. Juliaca permanece. Y nosotros tenemos que asegurarnos de que siga siendo lo que es.

—¿Y qué es?

Edgar lo mira largo rato.

—Un lugar donde las reglas oficiales no funcionan. Donde sobrevivimos porque el Estado nos abandonó hace décadas. Tu querías volver al Estado. Querías pagar impuestos.

—Hace una pausa—. Y eso, hermano, es traición.



Artemio cierra los ojos. El calor es insoportable pero dentro de su cabeza hace frío, el frío de Juliaca, el frío de aquella mañana cuando despertó con cuatrocientos cincuenta soles en el bolsillo y una decisión que tomar.

Cuatrocientos cincuenta soles. Eso fue todo lo que necesito para empezar. Y para terminar aquí.

Edgar da media vuelta. No se despidе. La camioneta desaparece en dirección a Arequipa levantando una cortina de polvo rojo que se queda suspendida en el aire como presagio que nadie sabe leer.

Los agentes terminan el inventario. Un suboficial —bigote recortado, expresión de quien preferiría estar en su casa— se acerca con la tableta.

—Firma aquí. Es el acta de incautación.

Le muestra la pantalla. Artemio mira el documento. En el membrete está el escudo nacional: cóndor con alas extendidas sobre vicuña, sobre árbol de quina, sobre cuerno de abundancia derramando riqueza que nunca llegó a Juliaca.

**SUPERINTENDENCIA
NACIONAL DE ADUANAS Y
ADMINISTRACION
TRIBUTARIA**

ACTA DE INCAUTACION Y DECOMISO

El suboficial le quita las esposas.

Clic metálico. Liberación que no libera.

Las muñecas arden —no de fricción sino de comprensión: esto recién empieza. El metal dejó marca: dos líneas rojas paralelas como ecuaciones que nunca resolvió correctamente. Se frota con cuidado, movimiento circular de pulgar sobre piel lastimada, como si pudiera borrar no las marcas sino los seis años que llevaron a ellas.

Le dan el sutiles. Objeto minúsculo. Plástico negro. Diez gramos según especificación técnica que nadie lee. Pero en mano de Artemio —mano de hombre que nació en Puquina donde la tecnología más avanzada era radio a pilas— pesa toneladas. Pesa la distancia entre el niño que jugaba con piedras en calles de tierra y el hombre que ahora sostiene instrumento del siglo veintiuno para firmar su propia sentencia.

La pantalla brilla bajo sol de mediodía con brillo que lastima retinas. Brillo de ciudad. Brillo que no existe en Puquina donde nació hace treinta y dos años.

En algún lugar de su memoria, Samuel está desayunando. Ahora mismo. En este segundo exacto mientras Artemio sostiene stylus. Pan con mantequilla. Uniforme de colegio privado San Francisco de Asís —trescientos cincuenta soles mensuales que ya no podrá pagar—. Preguntando a Roxana: “¿A qué hora llega papa?”

El sutiles tiembla en su mano.

La matemática es bisturí sin anestesia:

Treinta por ciento de doscientos treinta mil son sesenta y nueve mil. Sesenta y nueve mil soles que hace tres meses le dolía pagar como si fueran riñón arrancado en vivo. Sesenta y

nueve mil que Chen Wei le sugirió “ahorrar” con sonrisa de quien sabe que ahorrar es eufemismo de defraudar.

Entiende ahora —tarde, demasiado tarde, con claridad que llega cuando ya no sirve— que codicia no es querer más. **Codicia es creer que puedes tener todo sin pagar precio.** Que mundos se mezclan. Que legal e ilegal pueden convivir como aceite y agua en botella agitada, suspendidos brevemente en emulsión imposible antes de separarse.



Acerca el stylus a la pantalla. Respira hondo. Última respiración de hombre libre antes de firmar.

Stylus toca pantalla. Fricción mínima. Digital. Fría. Consecuencia irreversible.

Traza la A. Temblorosa como pulso de moribundo. Línea que debería ser vertical, pero sale inclinada cinco grados a la derecha. Inclinación de hombre que nació escribiendo en cuadernos baratos sobre rodilla, no en pantallas táctiles sobre escritorios.

Continúa: r-t-e-m-i-o. Cada letra es año perdido. Cada trazo es decisión que no puede deshacer. La “r” se arrastra como herida abierta. La “t” se para vertical pero vacilante. La “e” es círculo imperfecto. La “m” tiene dos picos desiguales. La “i” con punto que parece lagrима. La “o” que no cierra completo.

Traza: P-u-m-a. Apellido que su madre le dio con orgullo en Puquina cuando creía que los hijos podían ser diferentes a los padres. Apellido quechua en documento español firmado con tecnología china para admitir delito peruano. Círculo completo de colonización que nunca termino, solo cambio de forma.

Artemio Puma

Casi ilegible. Parece firma de otra persona. De hombre que ya no existe. De hombre que murió en Yura a las tres de la tarde del día de hoy mientras stylus trazaba su nombre.

El suboficial toma la tableta. Revisa firma. Asiente.

—Gracias. El acta queda registrada.

Voz monótona. Voz de protocolo cumplido.

—¿Algo que declarar?

Es fórmula. Protocolo. Nadie espera respuesta significativa.

Artemio mira el Misti a lo lejos. El volcán blanco, inmutable, testigo de todo y nada.

—Si —dice—. Que mi hijo no haga lo que yo hice.



Lo conducen a la parte trasera de la camioneta Nissan. Interior de metal, olor a orines viejos, ventanas con rejas. Antes de que cierren la puerta, mira una última vez el desierto de Yura:

Desierto blanco que brilla como sal derramada sobre mesa infinita. Cielo azul sin nubes, sin piedad, sin misericordia. Cóndor aun girando en círculos pacientes como verdugo eterno. Volcán Misti blanco e inmutable testigo de mil caídas idénticas. Contenedor azul con boca abierta como ballena que devoro y espera más.

La puerta se cierra. Metal contra metal. Clic de cerradura.

Yura queda atrás. Y con Yura queda atrás el hombre que Artemio Puma fue durante seis años.



Pero esa historia empieza mucho antes.

Empieza con frío.

Empieza una madrugada de febrero del año dos mil, cuando un joven de veinticuatro años despertó con el frío de Juliaca dentro de los huesos y cuatrocientos cincuenta soles en el bolsillo que al tipo de cambio del día eran exactamente ciento veintisiete dólares con ochenta y cuatro centavos. Insuficientes para todo. Suficientes para empezar.

Frío que nunca se fue, aunque compro calefacción. Frío que no es de altiplano sino de dentro. Frío de no tener. Frío de querer. Frío de decidir que existía atajo cuando su madre moribunda había advertido:

“Los atajos siempre terminan en precipicio, hijo.”

Empieza cuando Artemio Puma cruzo la frontera. No la frontera oficial de Desaguadero con guardias y banderas y sellos. La otra frontera. La invisible. La que separa quien eras de quien serás.

Empieza cuando el frío de Juliaca entro por primera vez en los huesos de Artemio Puma.

El frío de Juliaca no se quita con plata. Se quita con tiempo. Con años. Con pagar completo. Con volver a empezar desde cero después de haber tenido todo y perderlo.

Y nunca, nunca, nunca se fue.



F I N D E L P R Ó L O G O

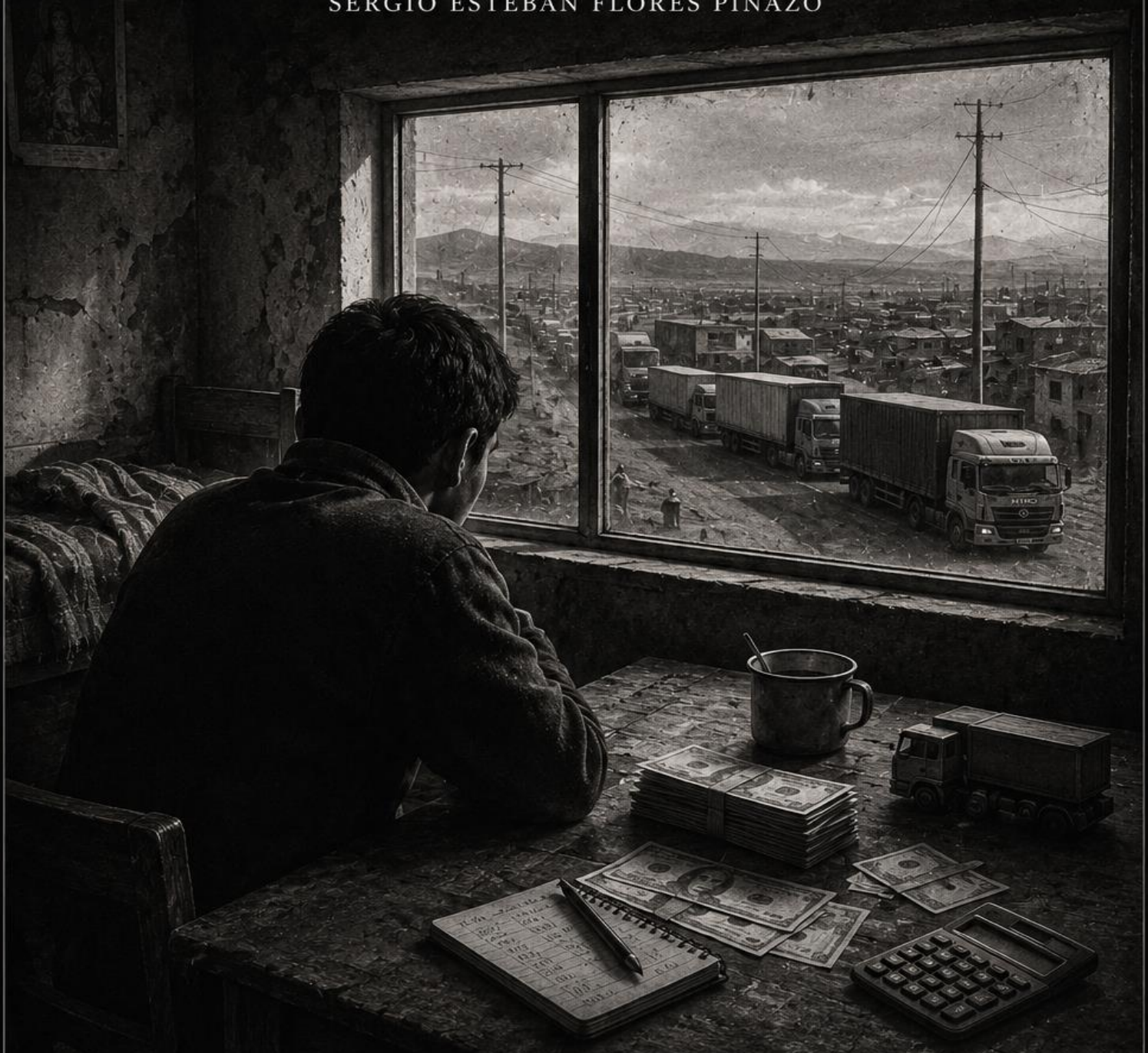
Sergio Esteban Flores Pinazo · Q'ip'u Andino

Literatura Contemporánea Peruana · Avance Exclusivo · 2025

NOVELAS POR UN SOL EDITORIAL

Biblioteca Digital de Literatura Peruana Contemporánea

SERGIO ESTEBAN FLORES PINAZO



CAPÍTULO 1

HAMBRE

*Juliaca todavía no lo había elegido.
Pero ya lo estaba mirando.*



A C T O · I

HAMBRE

CAPÍTULO · 1

CUATROCIENTOS DÓLARES

Una novela sobre contrabando, lealtad

y el precio de soñar demasiado alto

«Cuatrocientos cincuenta soles.

Insuficientes para todo.

Suficientes para empezar.»

SERGIO ESTEBAN FLORES PINAZO

QUIPU ANDINO

Literatura Contemporánea Peruana

Avance exclusivo · No para distribución comercial

Capítulo 1

CUATROCIENTOS DÓLARES

Juliaca, 2000

Artemio Puma — Roxana — Justino Apaza



Cinco de la mañana y Juliaca arde bajo un aire gélido, esa inclemencia de altiplano que calcina la piel expuesta, pero deja la médula congelada. Artemio Puma no duerme, solo cuenta, obsesión heredada de su madre que contaba granos de arroz para racionar la semana. Cuatrocientos cincuenta soles

s en el bolsillo del pantalón Topitop que cuelga de un clavo oxidado, clavo que entró torcido en el ladrillo sin tarrajear hace tres años cuando Roxana preguntó dónde voy a colgar mi pollera y Artemio respondió martillando mal porque martillar bien requiere tiempo que un hombre que carga sacos doce horas diarias no tiene.

Cuatrocientos cincuenta soles equivalen a ciento veintisiete dólares con ochenta y cuatro centavos al tipo de cambio de ayer —tres punto cincuenta y dos, que hoy quizás sea tres

punto cincuenta y uno— pero Artemio calcula con el número de ayer porque el número de ayer es certeza y el número de hoy es apuesta. Ciento veintisiete dólares significan veintitrés dólares menos que los ciento cincuenta que Justino Apaza dijo ayer que necesita para empezar en serio, hermano, con esto no vas a ningún lado, veintitrés dólares de diferencia entre un cargador que morirá siendo cargador y un hombre que quizás —solo quizás— no muera con la espalda rota a los cincuenta años.

Roxana duerme a su lado, su vientre con el bebé sube y baja con la respiración pesada de una mujer que carga un peso invisible pero más real que los sacos que Artemio carga en el mercado. Samuel todavía no nace, pero Artemio ya cuenta por él, ya calcula cuánto costará el parto en el hospital, ya proyecta cuántos pañales necesitará por mes, ya traduce amor futuro a suma presente porque en Juliaca el amor se mide en soles que no tienes y en dólares que necesitas conseguir de alguna manera.

Las paredes de ladrillo sin tarrajear muestran manchas de humedad que dibujan mapas de países que no existen, países donde quizás la pobreza tenga otra forma, otra textura, otro olor que no sea este olor a kerosene barato y a orín filtrado desde el baño compartido del pasillo. La ventana rajada está cubierta con periódico donde el titular dice: «Fujimori niega acusaciones sobre...» El resto del titular se perdió hace meses, arrancado por el viento que se cuele por la rajadura, pero el resto no importa porque Fujimori también negó y Fujimori también cayó, y eso es lo único que Artemio entiende de política peruana: que todos niegan hasta que no pueden negar más, y entonces caen, y los que caen son reemplazados por otros que también negarán y también caerán, en ciclo perpetuo que nunca toca a Juliaca porque Juliaca ya está tan abajo que caer más es imposible.

Sobre el colchón en el piso hay cuatro frazadas apiladas, frazadas de lana sintética compradas en el mercado a quince soles cada una hace dos años, cuando todavía tenían

ilusión de que cuatro frazadas serían suficientes para la helada de Juliaca. Nunca son suficientes. La rigidez que Artemio siente no se quita con lana, no se quita con frazadas, no se quita cerrando ventanas que de todas formas están rajadas y cubiertas con periódico. El entumecimiento que Artemio siente se quita con plata, con dinero suficiente para pagar habitación en edificio con ventanas que cierran bien, con calefacción eléctrica que funcione, con frazadas de lana de alpaca auténtica que cuestan doscientos soles cada una y que Artemio vio una vez en tienda del centro donde entró por error creyendo que era tienda normal y salió avergonzado cuando la vendedora lo miró de arriba abajo evaluando su ropa barata y decidió que no valía la pena atenderlo.



Artemio cierra los ojos no para dormir —el sueño se fue hace tres horas cuando despertó con la certeza de que hoy es el día, de que ya no puede postergar más— sino para calcular mejor, para repasar los números una vez más, para asegurarse de que la ecuación cierra aunque sabe que la ecuación nunca cierra completamente, que siempre hay variables que no controló, riesgos que no calculó, posibilidades de fracaso que prefiere no imaginar. Pero en la oscuridad detrás de sus párpados aparece Puquina, aparece como aparece siempre que Artemio intenta no pensar en Puquina, como aparece en pesadillas recurrentes donde el río seco se vuelve más seco y su madre lava ropa en un charco cada vez más pequeño hasta que el charco desaparece completamente y su madre sigue fregando de todas formas, fregando aire, fregando tierra seca, fregando la ilusión de que lavar ropa ajena eventualmente pagará lo suficiente para dejar de lavar ropa ajena.

Artemio tenía diez años y el río Tambo llevaba tres años seco, tres años desde que la sequía empezó y nunca terminó, tres años desde que los campesinos de las partes altas desviaron el agua para sus cultivos y los de las partes bajas se quedaron con lecho rocoso y promesas gubernamentales que nunca se cumplieron. Su madre lavaba ropa en un charco color sangre seca del tamaño de una palangana Honda, palangana que compró con la plata ganada lavando ropa ajena, círculo perfecto que Artemio niño no entendía todavía: lavas ropa para comprar palangana para lavar más ropa para eventualmente comprar otra palangana cuando la primera se rompa.

—Artemio —decía su madre sin dejar de fregar, con manos agrietadas hundiéndose en agua turbia que olía a tierra que se rinde—. Tienes que estudiar. No seas cargador como tu padre.

Pausa. Fregaba más fuerte, como si la intensidad del fregado pudiera cambiar realidad que ya estaba escrita.

—No seas como tu padre.

Artemio niño no respondía, solo sostenía ropa mojada que pesaba más que él, brazos temblando, pero sin soltar porque soltar sería admitir debilidad y debilidad es lujo que pobres no tienen. Su padre dormía bajo un algarrobo sin hojas, sombra que no da sombra, botella vacía Cristal rodando en tierra con sonido de vidrio contra piedra —sonido que Artemio escuchará en pesadillas veinte años después sin recordar por qué le aterrera.

El agua del charco huele a tierra que se rinde. La promesa de su madre huele igual.

Artemio abre los ojos. Cuatro y media de la madrugada en Juliaca, cuarto de tres por cuatro, Roxana durmiendo, Samuel sin nacer. Y Artemio ya es cargador como su padre, solo que ahora va a cargar otra cosa. Se levanta sin hacer ruido, piso de cemento helado contra pies descalzos. Se mira en el espejo rajado que cuelga de un clavo, espejo que refleja rostro

fragmentado: delgado, pómulos marcados, ese hueco en la sonrisa donde debería estar el incisivo que dejó en cancha de Puquina a los dieciséis cuando Toño Mamani lo codeó por un balón que no valía nada pero que en ese momento valía todo porque el fútbol era única manera de escapar, aunque fuera dos horas, de Puquina que te recuerda cada día que naciste pobre y morirás pobre. Toca el hueco con la lengua, hábito de diez años, medir ausencia.

Se viste con jean Topitop —cierre se traba, lo fuerza, cierre cede— y polo Nike falso con mancha de grasa en el hombro que no sale, aunque Roxana frote con detergente Bolívar tres veces, porque detergente bueno cuesta ocho soles y detergente Bolívar cuesta dos cincuenta y la diferencia son cinco soles con cincuenta que pueden ser tres días de pan. Las zapatillas Converse tienen la suela despegándose en el talón izquierdo, camina raro cuando llueve para que no entre agua. Todos en Juliaca caminan raro por alguna razón: suela rota, rodilla mala, tobillo torcido en calle sin asfaltar, espalda quebrada de cargar sacos desde los catorce.

Cuenta dinero otra vez. Tres billetes de cien, dos de cincuenta, cinco de diez: cuatrocientos cincuenta soles. Separa cien para dejar a Roxana y los pone debajo de la imagen del Señor de Huanca en la repisa improvisada —tabla sobre ladrillos— donde también hay foto de boda con trajes prestados y sonrisas que todavía creían que las cosas mejoran. Trescientos cincuenta soles para llevar, insuficientes para todo, suficientes para empezar.

Sale al pasillo. Oye toses, ronquidos, llanto de bebé de familia del tercer cuarto. Nueve familias en casa compartida, nueve versiones del mismo fracaso sostenido como edificio a punto de caer pero que nunca cae porque caer sería liberación y liberación es lujo que pobres no tienen.



Mercado Internacional, seis y cuarto de la mañana. Artemio llega caminando —veinte minutos a pie para ahorrar un sol de moto taxi, un sol que antes no importaba pero que ahora es diferencia entre comer dos veces o una vez, y Roxana comiendo una vez significa Samuel naciendo con bajo peso, y bajo peso significa hospital público Materno Infantil donde enfermeras gritan y médicos no llegan y mujeres paren en pasillos porque las salas están llenas y el horror se normaliza porque normalizar es única manera de sobrevivir el horror.

El mercado no lo recibe, lo golpea. Olor primero: orines fermentados en la esquina donde Máximo Chura meó anoche —Artemio lo vio, Máximo tambaleándose, cierre bajándose, chorro golpeando pared, Máximo murmurando perdón, San Judas Tadeo, perdón porque en Juliaca hasta los borrachos piden perdón a santos que dejaron de escuchar hace décadas. Plástico nuevo chino oliendo a fábrica de Shenzhen, a petróleo procesado por niños de doce años que ganan dólar por día fabricando mochilas piratas mientras Artemio pretende que comprar su producción a tres dólares y venderla a doce es negocio justo y no explotación transferida tres niveles hacia arriba hasta que la culpa se diluye en cadena tan larga que nadie es responsable. Salchipapas rancias en aceite recalentado veinte veces. Y debajo de todo —debajo de orín y plástico y aceite— olor metálico de billetes contados mil veces, billetes sucios que pasaron por mil manos sudadas y que llevan en la tinta olor de toda la desesperación de Juliaca concentrada en rectángulo de papel que el Banco Central del Perú imprime en Lima sin saber que en Juliaca ese papel significa diferencia entre vivir y morir, aunque ambas opciones se parezcan tanto que a veces es difícil distinguir.

Artemio respira profundo. Error. El olor entra, se queda, no sale, aunque exhales, como decisión que no se deshace, aunque te arrepientas.

Luego el sonido: huaynos en parlantes rivales, Savia Andina desde el puesto de ropa de doña Estela, Los Kjarkas desde el puesto de zapatos de Julián Apaza, Pasión Andina desde

electrodomésticos de Chen Wei —chino de segunda generación que habla quechua mejor que español y que lleva treinta años vendiendo licuadoras Oster falsas con garantía de tres meses porque tres meses es suficiente para que el comprador olvide dónde compró y regrese a comprar otra cuando la primera se malogra. Pregones en quechua, aymara, español mezclado: ¡Llusk'a, llusk'a! ¡Barato, barato!, ¡Pasa, mamita, tres por diez soles!, ¡Celulares Samsung, llévelo ahora, garantía un mes! Bocinas de camiones Toyota Dyna descargando mercadería, cortinas metálicas enrollándose con estruendo de hierro contra hierro, radio transmitiendo noticias sobre conflicto en Ilave que nadie escucha porque Ilave está a cincuenta kilómetros y cincuenta kilómetros es otro país cuando tu país cabe en dos kilómetros cuadrados de mercado donde vendes para comer hoy sin pensar en mañana.

Artemio camina entre pasillos estrechos. Cables eléctricos cuelgan como telarañas — instalaciones ilegales hechas por Edwin Mamani que cobra cincuenta soles por conexión clandestina y que lleva quince años sin que nadie lo denuncie porque todos usan su servicio y denunciar a Edwin es denunciarse a todos. Toldos remendados llevan logos falsos: SONY, SAMSUNG, HP. Cajas apiladas hasta tres metros en equilibrios que desafían física pero no codicia. Charcos iridiscentes: aceite, agua, detergente mezclados creando arcoíris tóxico que niños saltan jugando sin saber que están saltando veneno.

Un niño de ocho años carga una caja más grande que él. Artemio lo conoce, es hijo de Rubén Ccahuana. Rubén murió hace tres meses —infarto a los cuarenta y dos cargando sacos en camión— y ahora el hijo carga porque la viuda no puede y porque cargar es única herencia que los pobres dejan: capacidad de soportar peso que te mata despacio.



Artemio llega al puesto de Justino Apaza. Puesto esquinero de tres metros por dos, impresoras Epson apiladas, cartuchos HP en cajas de cartón, cables USB enredados como serpientes. Todo funciona, nada es original. Justino Apaza fuma Hamilton sin encenderlo, tic de quince años desde que el doctor en hospital de EsSalud le dijo una semana más fumando y el pulmón colapsa, señor Apaza, tiene que elegir entre cigarrillo y vida y Justino eligió vida, pero las manos no saben qué hacer sin cigarro entonces sostiene cigarro apagado como rosario roto que todavía reza, aunque Dios dejó de contestar.

Ve a Artemio. No dice hola, no pregunta cómo estás, no hace teatro. Solo:

—¿Trajiste?

Artemio saca el fajo, cuatrocientos cincuenta soles, billetes arrugados que huelen a sudor de espalda donde los guardó anoche debajo de la camisa temiendo que Roxana despierte y pregunte qué es eso y Artemio tenga que mentir o decir verdad, y ambas opciones terminen mal porque mentira construye muro y verdad destruye puente, y entre muro y puente Artemio elige muro porque muro al menos protege, aunque aísla.

Justino no los cuenta, los mira. Cálculo mental instantáneo de hombre que lleva veinte años convirtiendo soles, a dólares, a gramos, a riesgo, a ganancia, a sobrevivencia.

—Ciento veintisiete.

No es pregunta, es sentencia.

—Necesito veintitrés más —dice Artemio.

Justino sigue fumando cigarro apagado, mira a Artemio largo rato evaluando. No dinero, hombre. Si este hombre va a correr cuando vea pastor alemán olfateando, si este hombre va a llorar cuando policía extiende palma, si este hombre va a regresar de primer cruce o si va a

quedarse en Desaguadero vendiendo mercadería al boliviano que ofrezca más y mandando a Justino a la mierda con sus veintitrés dólares prestados que nunca verá de vuelta.

—Te presto veintitrés.

Pausa.

—Pero socios.

—¿Socios?

—Cincuenta-cincuenta en ganancia. Este viaje y los siguientes tres. Después cada uno por su lado.

Artemio calcula: ganancia proyectada primer viaje cuatrocientos veinte dólares, cincuenta por ciento doscientos diez, cuatro viajes ochocientos cuarenta dólares, ochocientos cuarenta dólares igual a dos mil novecientos cincuenta y cuatro soles, dos mil novecientos cincuenta y cuatro soles igual a seis meses de lo que gana cargando. Menos de lo que esperaba, más de lo que tiene, más de lo que tendrá si sigue cargando hasta que la espalda se quiebre.

—¿Y si pierdo mercadería?

Justino sonríe sin humor, sonrisa de hombre que vio gente perder mercadería y que sabe que perder mercadería es eufemismo para perder todo: dinero, reputación, posibilidad de cruzar de nuevo, posibilidad de salir del hoyo.

—Si pierdes mercadería, hermano, vas a tener problemas más grandes que devolverme veintitrés dólares.

Pausa.

—Vas a tener problema de explicarle a Chen Wei por qué su mercadería no llegó. Y Chen Wei no acepta disculpas, solo acepta resultados o plata. Y si no tienes resultados ni plata...

No termina la frase, no necesita. Silencio cargado de historias que ambos conocen: tipos que no entregaron mercadería y que aparecieron semana después en comisaría acusados de robo con pruebas sembradas, tipos que desaparecieron y que nadie preguntó por ellos porque preguntar es meterse en asuntos que no conviene, tipos que pagaron deuda con interés que creció como tumor hasta que vendieron casa y aun así no alcanzó.

Huayno de fondo, Valicha sonando en parlante rajado. Artemio conoce la letra: «Valicha, flor de retama, vas dejando tu fragancia al pasar.» Canción de amor, canción de pérdida, canción que no tiene nada que ver con el momento presente pero que el cerebro registra de todas formas como banda sonora de decisión que no tiene reversa porque las decisiones importantes nunca tienen reversa, aunque pretendan que sí.

—Socios —dice Artemio.

Justino extiende la mano, mano con callos en palmas en las mismas posiciones que la mano de Artemio, callos de cordel, callos de sacos, callos de cargar lo que sea necesario para no morir por más que cargar te mate despacio. Artemio la estrecha. Y en ese apretón —duración tres segundos, presión firme pero no excesiva, temperatura manos frías de Juliaca que nunca se va— Artemio cruza frontera que no está en mapa, frontera entre hombre honesto que muere pobre y hombre deshonesto que quizás —solo quizás— no muera pobre, aunque muera de otras formas.

—Primera combi sale a las cinco —dice Justino—. Terminal Sur. Pregunta por Edgar Vilca. Dile que vas de mi parte. Él te explica cómo cruzar sin llamar atención.

—¿Edgar?

—Mi hermano. Lleva veinte años en esto. Conoce cada policía de cada control. Sabe cuándo revisar y cuándo no revisar. Sabe leer a la gente. Si alguien puede enseñarte a no caer, es él.

Pausa. Guarda el cigarro apagado en el bolsillo de la camisa.

—Aunque no caer es relativo, ¿no? Todos caemos eventualmente. Solo que algunos caen más despacio y con más plata en el bolsillo.

Justino se va caminando entre puestos sin voltear, espalda encorvada de hombre que cargó demasiado tiempo y que ahora camina como si todavía cargara, aunque vaya con manos vacías. Y Artemio se queda ahí con la mano todavía caliente del apretón, con el fajo todavía en el bolsillo sumado a los veintitrés dólares prestados que convirtieron ciento veintisiete en ciento cincuenta, con la palabra todavía resonando en oídos: socios. Palabra que suena a oportunidad pero que huele a trampa.



Artemio camina por el mercado sin rumbo fijo. Necesita procesar, necesita que las manos dejen de temblar, necesita convencerse de que la decisión que acaba de tomar es correcta, aunque sabe que correcta e incorrecta dejaron de significar algo hace rato. Pasa frente al puesto de doña Estela, sesenta años vendiendo ropa, polleras de bayeta, chullos de alpaca, chompas tejidas a mano. Doña Estela lo mira, lo conoce desde que Artemio tenía doce años y venía al mercado con su madre a vender quesos de Puquina que nunca se vendían porque los quesos de Juliaca eran más baratos y la calidad no importa cuando la billetera está vacía.

—Artemio. ¿Vas a viajar?

—Sí, doña.

—¿A dónde?

Artemio duda. Mentir o decir verdad. En Juliaca todos saben todo eventualmente, mentir solo retrasa lo inevitable.

—A Bolivia.

Doña Estela asiente sin sorpresa, sin juicio, solo aceptación de que esto es lo que hacen cuando no hay más opciones.

—Ten cuidado, hijo. La frontera come a los que cruzan con miedo.

—¿Y los que cruzan sin miedo?

Doña Estela sonrío, sonrisa triste de mujer que vio generaciones enteras cruzar y no regresar o regresar cambiadas.

—Esos la frontera los devora más rápido. Porque sin miedo cruzas descuidado. Y descuidado es como mueres.

Artemio no sabe qué responder. Doña Estela vuelve a su tejido, agujas de metal haciendo clic-clic-clic, sonido hipnótico, sonido que dice: la vida continúa, cruces o no, tengas miedo o no, sobrevivas o no.

La frontera come a los que cruzan con miedo.

Y a los que cruzan sin miedo los devora más rápido.



Siete de la noche. Habitación. Vela derritiéndose —última del paquete de seis que compraron hace dos semanas en la bodega de don Teodoro y que Roxana administra como si fueran dólares: una vela igual a dos noches, apagar a las nueve en punto, no desperdiciar porque desperdiciar vela es desperdiciar plata es desperdiciar comida es desperdiciar futuro.

Roxana sirve sopa, caldo de hueso de res con papa amarilla y un pedazo de pollo que compró esta tarde en la sección de carnes del mercado con los cincuenta soles que Artemio le dejó esta mañana diciendo para la casa sin especificar de dónde salieron esos cincuenta, aunque ambos saben que salieron del fajo de cuatrocientos cincuenta que ayer no existía y que mañana va a desaparecer convertido en mercadería que cruzará frontera en bolso verde que todavía está vacío pero que ya pesa.

Artemio come despacio, la sopa quema la lengua. Buena señal, significa que hay kerosene suficiente para calentar bien. La semana pasada comieron sopa tibia porque el kerosene se acabó y el kerosene nuevo costaba ocho soles y ocho soles eran diferencia entre comer tres días más o dos, y Roxana eligió tres días con sopa tibia sobre dos días con sopa caliente porque la matemática de la pobreza no permite lujos térmicos.

Roxana no come, mira el plato, cuchara en mano derecha sin moverse.

—¿Cuándo viajas? —pregunta sin levantar la vista.

—Mañana.

—¿A dónde?

Artemio mastica papa, papa que Roxana peló con cuchillo sin filo porque el cuchillo bueno se lo robaron hace cuatro meses cuando entraron a robar al cuarto de abajo y se

llevaron el cuchillo Tramontina y la radio Philco y la ilusión de que este edificio tenía algo que valiera la pena robar.

—Arequipa.

Roxana levanta la vista. Ojos secos, sin lágrimas todavía. Peor que lágrimas porque las lágrimas eventualmente se secan, pero los ojos secos pueden permanecer secos para siempre.

—No me mientas mal, Artemio. Si vas a mentir, hazlo bien. Miénteme diciendo que vas a conferencia de cargadores. Que alguien te invitó a dar charla. Que tienes reunión importante con empresario que quiere contratarte. No me insultes diciendo Arequipa como si yo fuera tonta y no supiera que Arequipa es código para Bolivia y Bolivia es código para problema.

Silencio. La vela chisporrotea, cera cayendo en el plato de lata que sirve de candelero improvisado. Clic-clic-clic de cera contra metal, como reloj, como cuenta regresiva.

—Voy a Bolivia —dice Artemio.

—¿A traer qué?

—Mercadería.

—¿Qué tipo de mercadería?

—Cartuchos de impresora.

—¿Legales?

Artemio no responde. Responder sería confirmar, no responder es confirmar también. Pero no responder deja espacio para que Roxana finja que no sabe, aunque sabe, para que Artemio finja que no dijo, aunque dijo, para que ambos finjan que esta conversación nunca

pasó, aunque pasará mil veces más en los próximos años hasta que fingir se vuelva más real que realidad.

—¿Cuánto vas a traer?

—Cien cartuchos.

—¿Cuánto cuesta cada uno?

—Tres dólares allá. Doce acá.

Roxana calcula. Silencio de diez segundos donde el cerebro hace sumatoria que duele: cien cartuchos por tres dólares igual a trescientos dólares de inversión, cien cartuchos por doce dólares igual a mil doscientos dólares de venta bruta, mil doscientos menos trescientos igual a novecientos dólares de ganancia teórica, pero Artemio es socio con Justino cincuenta-cincuenta igual a cuatrocientos cincuenta dólares reales, cuatrocientos cincuenta dólares igual a mil quinientos setenta y cinco soles al tipo de cambio actual, mil quinientos setenta y cinco soles igual a tres meses de lo que Artemio gana cargando, tres meses en un viaje de dieciséis horas.

—¿Y si te agarran?

—No me van a agarrar.

—Todos dicen eso.

—No soy todos.

Roxana suelta la cuchara, golpe metálico contra el plato que resuena en el cuarto pequeño.

—Artemio. Mírame.

Artemio levanta la vista. Ojos de Roxana brillando con reflejo de vela, cara de mujer de veintitrés años que parece treinta porque la pobreza envejece rápido.

—No somos diferentes. Tú no eres diferente. Yo no soy diferente. Somos exactamente iguales a todos los que viven en esta casa, en esta calle, en esta ciudad de mierda. Todos pobres, todos sobreviviendo, todos haciendo cosas que juramos que nunca haríamos cuando teníamos quince años y creíamos que estudiar era suficiente para escapar.

Pausa.

—Mi mamá me dijo cuando tenía dieciocho: Roxana, cástate con hombre honesto. Aunque gane poco. Aunque no alcance. Prefiero que mis nietos coman frijoles con padre honesto que carne con padre ladrón.

Se toca el vientre. Samuel pateo, siempre pateo cuando Roxana habla fuerte, como si sintiera la tensión a través de la pared de piel y músculo y líquido amniótico.

—Y yo le dije: Sí, mamá. Yo haré eso.

Lágrimas finalmente, sin sonido, solo agua bajando por las mejillas.

—Y te elegí porque trabajabas duro. Porque cargabas sacos desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche. Porque llegabas a casa con olor a sudor honesto, sudor de trabajo legal, sudor que podías contar a tu hijo con orgullo.

Se limpia las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Y sabes qué descubrí? Que sudor honesto no paga hospital. Que trabajo duro no sirve si tu hijo nace sin tener dónde. Que espalda rota no importa si igual mueres pobre. Que mi mamá tenía razón en teoría, pero estaba equivocada en práctica porque práctica es Samuel

naciendo en dos meses y medio y el parto costando ochocientos soles que no tenemos y el hospital público siendo horror que no quiero para él.

Se levanta, va a la cortina que cubre la ventana, mira el Jr. Manco Cápac oscuro, farolas fundidas, perros buscando basura, borracho cantando huayno desafinado.

—Así que cuando me preguntaste hace dos semanas qué opinas si traigo mercadería de Bolivia, yo no pregunté detalles. Cuando te vi contar billetes que olían raro —como a diésel, como a miedo, como a decisiones que no tienen reversa— yo no pregunté de dónde salieron. Cuando guardaste dinero en lata de leche Gloria vacía debajo de la cama, yo no pregunté por qué escondes.

Se voltea.

—Porque no querer saber es manera de ser cómplice sin mancharse las manos, ¿no? Es manera de comer carne con padre ladrón mientras le dices a tu mamá que comes frijoles con padre honesto. Es manera de dormir tranquila sabiendo que el dinero que pagas en el colegio de Samuel viene de lugar que prefieres no imaginar.

Artemio siente el pecho rompiéndose. No dramático, no como en películas. Solo pequeña fractura interna que duele más que fractura grande porque fractura grande te obliga a gritar, pero fractura pequeña solo te obliga a callar y tragar dolor.

—Roxana...

Ella levanta la mano, deteniéndolo.

—No te disculpes. No te atrevas. Porque me insulta. Yo no soy víctima, Artemio. Soy socia. Callada, sí. Pasiva, tal vez. Pero socia al fin. Porque cada vez que cuente esos billetes para el mercado, sabiendo de dónde vienen, voy a elegir. Cada vez que me quede en casa

mientras tú vas a Arequipa por negocio, sabiendo que es mentira, voy a elegir. Cada vez que le diga a mi mamá que todo está bien, sabiendo que está mal, voy a elegir.

Silencio. Largo. La vela casi consumida. Quedan quizás diez minutos de luz antes de que la oscuridad sea total.

—Solo prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Que cuando Samuel pregunte de dónde viene el dinero, le mentimos bien. Que no sepa. No todavía. Que tenga, aunque sea diez años —no, mejor doce— creyendo que su papá es héroe. Que su papá trabaja honesto. Que su papá no cruza fronteras con mercadería sin declarar.

Pausa.

—Porque después de los doce ya no va a creer de todas formas. Después de los doce va a empezar a hacer preguntas que no vamos a poder contestar sin mentir peor. Y prefiero que tenga doce años de ilusión antes de descubrir la verdad.

Artemio no puede prometer eso, no honestamente. Porque prometer que va a mentirle bien a Samuel por doce años es prometer que va a seguir cruzando por doce años, y seguir cruzando por doce años es prometer que no va a caer, y no caer por doce años es estadísticamente imposible según todo lo que Artemio sabe sobre la culebra. Pero promete. Porque prometer mentira es la última forma de amor que le queda.

—Te lo prometo.

Roxana asiente. Se acuesta de lado, protegiendo el vientre, espalda hacia Artemio. Respiración que se estabiliza demasiado rápido para ser sueño real pero suficientemente convincente para que Artemio finja que cree. Artemio se queda sentado solo, con la vela consumiéndose, con la promesa que acaba de hacer pero que ya sabe que va a romper, con el futuro que se siente como pasado. Y entiende —con claridad que duele más que honestidad— que Roxana no es víctima. Es cómplice. Y eso es peor. Porque las víctimas tienen permiso para enojarse, para gritar, para exigir cambio. Los cómplices solo tienen permiso para callar y contar dinero y fingir que no saben.

La vela se apaga. Oscuridad total. Solo quedan sonidos: respiración de Roxana, perros ladrando afuera, motor diésel en la distancia.

Nueve de la noche. Artemio prepara el bolso verde Adidas —falso, quince soles, comprado hace tres años en el mismo mercado donde mañana venderá mercadería que hoy ni siquiera tiene, donde pasado mañana contará ganancia que convirtió frontera en línea borrosa, donde dentro de seis años firmará acta que convirtió línea borrosa en condena de dieciocho meses. Pero eso todavía no lo sabe. Todavía cree que puede cruzar una vez y ya. Todos creen eso al principio.

Mete en el bolso: foto de boda con traje prestado —sonrisas que todavía creían que las cosas mejoran—. Cepillo de dientes Colgate con cerdas dobladas hacia afuera de tanto uso porque cepillo nuevo cuesta seis soles y seis soles son dos kilos de arroz. Muda de ropa interior, calzones Fruit of the Loom que sí son originales —única prenda original que Artemio posee— porque ropa interior no se falsifica, demasiado barata para que valga la

pena el esfuerzo de copiar. Pan para el camino, tres panes chuta de la panadería de doña Mercedes en el Jr. Núñez que los vende a cincuenta centavos cada uno.

Y del cajón de la repisa —tabla de madera sobre dos ladrillos King Kong que Artemio armó hace dos años con madera robada de construcción abandonada en el Jr. Lambayeque, construcción que paró cuando el constructor se quedó sin plata y que lleva dos años pudriéndose como monumento a ambición que excedió presupuesto— saca piedrecita gris, piedra de río seco de Puquina que su madre le dio cuando tenía ocho años, un día antes de que el padre se fuera definitivamente, diciendo:

Llévala siempre, hijo, para que recuerdes de dónde vienes y no te pierdas en dónde vas.

Artemio la mira. Piedra lisa, gris, del tamaño de uña de pulgar, más liviana que moneda de un sol, más pesada que todas las promesas que ha hecho y roto. La guarda en el bolsillo delantero del bolso verde no como talismán, no como protección, sino como recordatorio de que río que se seca no vuelve a llenarse solo porque desees agua, de que promesas hechas en Puquina no se cumplen en Juliaca, de que su madre tenía razón cuando dijo no seas como tu padre pero que la advertencia llegó veinte años tarde porque la genética ya estaba escrita y la pobreza ya estaba heredada y el destino ya estaba sellado.

Roxana duerme. O finge dormir tan bien que la diferencia dejó de importar. Espalda hacia él, curva de columna escribiendo mensaje que Artemio lee perfectamente: no quiero hablar más, ya dijimos todo, ahora solo queda hacer lo que dijimos que no íbamos a hacer pero que ambos sabíamos que íbamos a hacer. Artemio se acuesta junto a ella sin tocarla. Tocarla sería romper pacto silencioso de que esta noche no existe, de que mañana es solo día normal, de que la decisión ya está tomada y revisarla ahora sería crueldad innecesaria.

No duerme. Cuenta. Cuatro de la madrugada igual a una hora para levantarse sin despertar a Roxana, cinco de la mañana igual a combi sale Terminal Sur, ocho de la mañana igual a llega Desaguadero si el tráfico está bien, nueve de la mañana igual a cruza frontera en bote clandestino, diez de la mañana igual a compra mercadería en Mercado Rodríguez de La Paz, cuatro de la tarde igual a regresa a Desaguadero, cinco de la tarde igual a cruza de vuelta si policía no revisa, nueve de la noche igual a llega Juliaca si todo sale bien. Dieciséis horas. Dieciséis horas para convertirse en el hombre que su madre advirtió que no fuera. Dieciséis horas para cruzar la línea que separa el antes del después. Dieciséis horas que van a definir los próximos seis años, aunque Artemio todavía no lo sabe.

Afuera, Juliaca tiembla en su clima gélido de cuatro mil metros sobre el nivel del mar — altura que hace que los pulmones trabajen doble, que hace que el corazón lata más fuerte, que hace que cada respiración recuerde que estás viviendo en lugar donde los humanos no deberían vivir, pero viven de todas formas porque no tienen dónde más ir. Adentro, Artemio tiembla en esa helada de cero opciones, que no viene de la altura sino de la ausencia: ausencia de alternativas, ausencia de futuro que no implique espalda rota, ausencia de esperanza que no requiera cruzar fronteras.



Bolso verde espera en esquina del cuarto. Vacío todavía. Pero ya pesando. Como si estuviera lleno de todo lo que va a cargar en los próximos años: mercadería que cruzará fronteras, culpa que cruzará conciencia, futuro que cruzará de posibilidad a condena.

Artemio cierra los ojos. En tres horas empieza. Y cuando empieza, no para. Nunca para. Porque la culebra no perdona. Porque Juliaca no olvida. Porque los pobres no escapan. **Solo cambian de jaula.** Y Artemio acaba de elegir la suya.



Sergio Esteban Flores Pinazo · Quipu Andino

Literatura Contemporánea Peruana · Avance Exclusivo · 2026

CLIENTE EXCLUSIVO - Prohibida su reproducción.

NOVELAS POR UN SOL EDITORIAL

Biblioteca Digital de Literatura Peruana Contemporánea

SERGIO ESTEBAN FLORES PINAZO



CAPÍTULO 2

PUENTE

*Un puente no une dos países.
Une dos silencios que saben negociar.*

P A R T E · I

HAMBRE

CAPÍTULO · 2

LA FRONTERA ES UNA LÍNEA DE TIZA

Una novela sobre contrabando, lealtad

y el precio de soñar demasiado alto

«La frontera no está en Desaguadero.

Está aquí. En Huancané.

En este segundo entre ver silueta de madre

y subir a la combi.»

SERGIO ESTEBAN FLORES PINAZO

QUIPU ANDINO

Literatura Contemporánea Peruana

Avance exclusivo · No para distribución comercial

Capítulo 2

LA FRONTERA ES UNA LÍNEA DE TIZA

Desaguadero — La Paz — Juliaca, 2000

Artemio Puma — Roxana — Esteban el barquero



Cuatro y cuarenta y cinco de la madrugada. Reloj Casio F-91W —dieciséis soles en Mercado Túpac Amaru, tres años de uso, correa rajada que Artemio pegó con Superbonder que tampoco era Superbonder sino UHU Glue reempacado en tubo falso porque incluso el pegamento es falso en economía donde lo falso sostiene lo real con fuerza suficiente para que la ilusión dure hasta que no dura— parpadea números verdes en oscuridad de cuarto sin ventana donde Roxana duerme de lado protegiendo vientre de seis meses como si posición corporal pudiera negociar con futuro que ya viene, que ya llegó, que ya está escrito en bolso verde Adidas —también falso, quince soles en Gamarra— esperando en esquina del cuarto como animal domesticado que conoce su hora de salir.

Artemio despierta treinta segundos antes de que la alarma suene. No porque configuró alarma —no la configuró— sino porque el cuerpo sabe. Cuerpo que cargó sacos de cemento Andino —cincuenta kilos cada uno, ocho horas diarias, doce soles por hora— durante cuatro

años memorizó qué hora es hora de levantarse antes de que historia personal se vuelva condena generacional. Esta es esa hora.

Se levanta. Se viste en oscuridad. Pantalón jean Topitop —treinta y cinco soles en oferta, talla equivocada, cintura que aprieta pero que dejó de apretar hace seis meses cuando empezó a comer menos para ahorrar más—; camisa a cuadros sin marca —diez soles en mercado ambulante—; chompa de lana de alpaca —regalo de madre hace cinco años, única prenda real en guardarropa de falsificaciones.

Del cajón saca la piedra de Puquina. Negra con vetas rojas. Treinta y dos gramos. Su madre se la dio hace veinte años diciendo en aymara que Artemio apenas entendía: Akax chhijxatasktwa. Esto te protegerá. O quizás dijo: Akax chhijxaraskitwa. Esto te marcará. Diferencia de una sílaba que madre murió sin aclarar. La guarda en el bolsillo y siente peso pequeño que se vuelve enorme cuando piensas demasiado en él.

Roxana finge dormir —respiración demasiado regular, demasiado controlada— para evitar conversación que ambos saben terminaría en ella pidiéndole que no vaya o pidiéndole que vaya rápido, y no sabe cuál de las dos le duele más. Artemio se inclina. Besa la frente de Roxana. Piel fría. Olor a jabón Bolívar mezclado con olor a preocupación que no tiene precio de mercado.

Se va sin despedida, porque despedida haría real lo que ambos fingen que no es real. Afuera, Juliaca arde de frío —expresión que suena contradictoria hasta que vives en ciudad donde el clima quema piel expuesta en treinta segundos, donde la temperatura no es ausencia de calor sino presencia activa de algo más viejo que la civilización. Camina hacia el Jr. Manco Cápac. La decisión está tomada. O la pobreza eligió por él. Distinción técnica que filósofos

debaten en universidades con calefacción mientras pobres caminan en oscuridad hacia fronteras que no deberían cruzar.



Terminal Sur huele a tres cosas en orden exacto de intensidad olfativa —porque la pobreza tiene jerarquía hasta en olores—: diésel quemado de combis Toyota Hiace Lux modelo noventa y ocho que el gobierno japonés donó a Perú en programa de cooperación técnica que terminó siendo japoneses deshaciéndose de vehículos que ya no pasaban inspección en Tokio; kerosene de vendedoras de café que calientan agua en cocinas Primus portátiles porque conexión eléctrica cuesta cien soles mensuales que nadie paga; humanidad acumulada de mil personas esperando combis que los lleven a fronteras donde la ley peruana termina y la ley boliviana empieza y entre ambas existe vacío donde la única ley es la del que tiene dólares para pagar el paso.

Artemio llega a las cinco y cuarto. Quince minutos antes de la salida programada porque llegar temprano es diferencia entre asiento ventana donde puede vomitar afuera si el mareo aprieta y asiento del medio donde vomita sobre piernas de señora con aguayo lleno de quesos. La combi espera. Motor apagado. Chasis inclinado hacia la izquierda —suspensión rota, reparada tres veces con repuestos chinos que duran la mitad, pero cuestan la cuarta parte. Parabrisas con calcomanía: «Virgen de Copacabana protégenos» junto a «Cuidado, retrocedo sin mirar» que es honestidad brutal de chofer que prefiere advertir antes que disculparse.

El chofer fuma en la puerta. Cincuenta años, sesenta, difícil saber la edad en rostro curtido por treinta años de manejar ruta Juliaca-Desaguadero inhalando diésel propio más diésel de cuarenta camiones que pasan diario.

—Desaguadero —dice Artemio.

No pregunta. Afirma. Porque preguntar revela duda y duda revela primera vez y primera vez te marca como objetivo de sobreprecio.

—Quince soles. Salimos a las cinco y media.

Artemio paga. Sube.

Los pasajeros se acomodan con coreografía de gente que hace este viaje cada semana: señora con pollera azul eléctrico y aguayo lleno de quesos Paria que va a vender en La Paz como «artesanales» cuando vienen de fábrica en Ayaviri; joven con caja de parlantes Xion — marca china que suena como traducción Google de «eXcellence in Sound» — que va a vender como Sony porque en el altiplano lo que importa no es qué ES sino qué PARECE; pareja de ancianos que no hablan, solo se toman de la mano con dedos entrelazados con fuerza de gente que sobrevivió cincuenta años juntos no porque se aman extraordinariamente sino porque soltar duele más que sostener. Y Artemio. El único con bolso vacío. El único con sudor helado en febrero.

Motor arranca. Radio enciende. Los Kjarkas: «Llorando se fue». Canción que madre cantaba lavando ropa ajena. Canción que Roxana tararea cuando cree que Artemio no escucha. Canción que dentro de seis años va a sonar en altavoz de comisaría de Yura mientras Artemio espera en celda provisional.

La combi arranca. Artemio apoya la cabeza en la ventana y mira afuera: Juliaca despierta —mujer lavando ropa en balde de plástico con agua que humea porque agua fría en altiplano produce vapor al contacto con aire más helado; perros flacos buscando basura en montículo que municipalidad prometió recoger hace tres semanas; niño con uniforme esperando combi

escolar que llegará veinte minutos tarde como llega todos los días porque la puntualidad es privilegio de países donde el tiempo vale más que aquí.

Artemio hace lo que hace desde que tiene memoria: contar. Trescientos dólares en cartuchos HP. Setenta y cinco cartuchos. Cuatro dólares por cartucho en Bolivia. Doce dólares de venta en Juliaca. Un dólar de ganancia por cartucho antes de gastos. Menos quince de mordida en frontera —precio estandarizado, establecido hace años en reunión informal de policías peruanos y bolivianos. Menos la mitad para Justino Apaza. Treinta dólares quedan para Artemio.

Treinta dólares. Ciento cinco soles. Por dieciséis horas de trabajo que incluyen cruzar frontera ilegalmente dos veces. Pero ciento cinco soles en un día es más que doce soles por hora cargando sacos, y si cruza dos veces al mes son doscientos diez soles que sumados a ingresos de construcción suman mil trescientos mensuales. Mil trescientos soles = departamento de dos cuartos. Mil trescientos soles = Samuel en colegio particular. Mil trescientos soles = Roxana dejando de lavar ropa ajena. Mil trescientos soles = futuro que no sea copia exacta de pasado.

Las cuentas cierran. Tienen que cerrar. Porque si no cierran, Artemio está cruzando frontera no por necesidad económica sino por ambición personal y ambición personal no justifica cruzar líneas que madre advirtió que no se cruzan. Así que las cuentas cierran. Artemio las cierra. Porque la aritmética es más obediente que la ética.



Huancané. Parada técnica. Diez minutos. Artemio baja. Estira piernas. Aire gélido llena pulmones. Mira hacia atrás. La carretera de regreso a Juliaca es línea recta que se pierde en

curvatura del altiplano, línea que desaparece en punto exacto donde el ichu amarillo encuentra cielo gris invitándolo a regresar como si la decisión todavía no estuviera tomada.

Ve algo moviéndose en el ichu. A cincuenta metros. Silueta. Mujer. Pollera oscura. Inmóvil. Parece su madre. Misma altura. Misma forma de pararse con cadera ladeada por años de cargar peso en un lado. Madre murió hace veinte años. Artemio vio el cuerpo. Estuvo en el velorio. Lloró. Entonces no puede ser madre. Pero es.

Levanta la mano. Gesto lento. Despedida o advertencia o bendición. Tres cosas simultáneas como tres cosas siempre son en cultura aymara.

—¡Vamos! —grita el conductor.

Artemio voltea dos segundos. Mira hacia el ichu de nuevo. La silueta desapareció. Solo queda ichu movido por viento que no se siente.

Sube a la combi. Y con ese subir —con esa decisión que dura dos segundos de levantar pie, apoyar pie, soltar baranda— la decisión que supuestamente era reversible se vuelve irreversible. No porque físicamente no puede bajarse, sino porque psicológicamente ya cruzó. La frontera no está en Desaguadero. Está aquí. En Huancané. En este segundo entre ver silueta de madre y subir a combi. Y Artemio eligió subir. Como todos eligen cuando quedarse es muerte lenta y seguir es muerte rápida, pero al menos muerte rápida tiene ilusión de movimiento.



Desaguadero no es pueblo. Es cicatriz. Marca que la frontera dejó en paisaje cuando colonizadores españoles trazaron línea arbitraria —porque todas las líneas son arbitrarias,

especialmente las que dividen aymaras de aymaras— diciendo «aquí termina Perú, aquí empieza Bolivia» sin consultar con el Titicaca que estaba ahí antes que Perú, antes que Bolivia, antes que España.

Pueblo de tres mil habitantes construido sin lógica urbanística en calles sin asfaltar donde polvo rojo cubre todo con democracia perfecta: cubre casas, cubre perros, cubre esperanzas. Desaguadero huele a tres cosas: pescado podrido del Titicaca porque el lago recibe desagüe de cincuenta pueblos sin tratamiento; kerosene de vendedoras que fríen pescado que murió ayer en aceite recalentado veinte veces; orina humana acumulada en esquinas porque el baño público cuesta un sol y un sol es un sol.

Artemio baja de la combi. Ocho y treinta de la mañana. El bolso verde pesa más, aunque sigue vacío. O él lo siente así, porque los bolsos vacíos pesan según las expectativas que contienen.

Un hombre se le acerca. Sesenta años o setenta, edad imprecisa en rostro curtido por viento del lago. Chompa de alpaca con agujeros que fueron diseño y ahora son desgaste.

—¿Primera vez, hermano?

Voz rasposa. Carraspea. Flema que sube y traga. Artemio duda. ¿Cómo sabe? ¿Qué hay en su cara que dice «primera vez»?

—Sí.

Porque mentir requiere práctica que todavía no tiene.

—Mejor el bote. Cinco soles. Te deja del otro lado sin preguntas.

Señala con barbilla —sin usar las manos, porque señalar es visible y en la frontera todo lo visible es peligroso— hacia la izquierda donde el río se curva.

Artemio mira hacia el puente oficial. Lo ve a doscientos metros. Hay fila: treinta personas. Dos controles: PNP peruano, Policía Boliviana. Los agentes revisan mochilas. Preguntan. Anotan. Todo toma tiempo. Todo deja registro. Todo es luz. Luz que delata. Luz que documenta. Luz que Artemio no puede permitirse.

—¿Dónde?

—Sígueme.

Y lo sigue. Por sendero de tierra que bordea el río. Sendero que mil hombres antes que ellos siguieron. Sendero que no está en mapa oficial pero que está marcado en tierra compactada de mil cruces anteriores. Cada paso es como caminar voluntariamente hacia precipicio que ve desde lejos pero que camina hacia él de todas formas porque el precipicio es la única salida visible cuando estás en meseta rodeada de muros que el Estado construyó.

El sendero se estrecha. Artemio mira hacia atrás una última vez. Ve el puente oficial. Ve gente cruzando con papeles. Con normalidad. Con cara de quien hace algo que puede contar en almuerzo familiar sin bajar la voz. Él elige la sombra. No porque prefiere la sombra, sino porque la sombra lo elige a él. Distinción técnica que el juez no aceptará en seis años pero que ahora usa como anestesia moral que le permite seguir caminando.



Llegan a orilla donde el río se curva. El barquero está ahí. Como si esperara. Como si siempre esperara. Como si llevara cuarenta años esperando a hombres exactos como Artemio que eligen sombra creyendo que eligen cuando en realidad obedecen.

Sesenta años. Setenta. Ochenta. Edad imprecisa, pero vejez precisa. Rostro que el viento del lago talló durante décadas. Aymara puro. Silencio puro. Rostro sin expresión que podría ser desprecio o indiferencia o cansancio de ver el mismo error repetido mil veces. Pero hay detalle que Artemio nota: cicatriz en dorso de mano derecha. Quemadura vieja. Circular. Del tamaño exacto de moneda de un sol. Piel brillante. Estirada. Como si alguna vez hubiera sostenido algo caliente demasiado tiempo. Como si hubiera elegido el dolor sobre soltar. Como si él también hubiera hecho mal cálculo de qué vale la pena sostener. Como si él también hubiera cruzado. Y nunca regresó.

El barquero no pregunta nada. Solo señala con la cabeza: Siéntate. Gesto mínimo. Economía de movimiento de hombre que aprendió que las palabras son exceso que la frontera no necesita.

El bote es de metal oxidado pintado de azul hace décadas —pintura que alguna vez fue azul eléctrico y ahora es azul-gris. Cuatro tabloncillos como asientos con nombres tallados: «Carlos 1987», «Juana + Miguel», «Dios proveerá» escrito en letra de niño. Huele a pescado muerto y agua estancada. Huele a transacciones ilegales de mil hombres anteriores. Huele a frontera.

Artemio vacila en la orilla. Este es el momento. Último momento donde podría decir «me arrepentí» y el barquero entendería sin juzgar porque ha visto hombres arrepentirse en último segundo, ha visto hombres elegir pobreza honesta sobre riqueza con olor que nunca se lava. Pero Artemio piensa en Roxana. En vientre de seis meses. En Samuel que va a nacer

preguntando con existencia: ¿Por qué nací en casa donde el viento entra por ventanas que no cierran? Sube.

El bote se mece. Agua contra metal. Sonido hueco que suena como promesa que no se puede cumplir. Se sienta en tablón del medio. El que dice «Juana + Miguel». Se pregunta si Juana y Miguel siguen juntos. Si el amor sobrevive frontera o si la frontera mata amor como mata otras cosas. Bolso verde entre piernas. Abrazado. Como bebé. Hago esto por Samuel. Por Samuel. Por Samuel. Mantra que repite hasta que la palabra pierde significado. Hasta que el nombre se vuelve sonido vacío. Hasta que la justificación se vuelve ruido.

El barquero empuja el bote con pala de madera vieja —rajada en tres lugares, amarrada con cordel de nylon. La pala entra en el agua sin ruido. Agua turbia. Color verde-café-gris. No transparente sino opaca como verdad que no quieres ver pero que está ahí, flotando, esperando. Huele a metal oxidado. A monedas viejas. A sangre diluida en siglos de cruces idénticos.

Artemio mira al fondo del agua. El corazón late más fuerte. Late anunciando. Late como bombo aymara que celebra y advierte simultáneamente.

Ve algo moviéndose bajo la superficie. Forma. Rostro. Mujer con pelo largo flotando como algas del Titicaca. Ojos abiertos. Blancos. Sin pupilas. Mirándolo. Sonríe. Dientes blancos contra agua oscura. Dientes perfectos excepto uno que falta. Colmillo izquierdo. Como falta el colmillo izquierdo de Artemio que perdió hace tres años en pelea con capataz que no le pagó tres días de trabajo y que Artemio nunca reparó porque el dentista cotizó cuatrocientos soles. El mismo colmillo. Exactamente el mismo. Como espejo. Como si la criatura en el agua tuviera su colmillo. O como si Artemio estuviera viendo su propio reflejo

desde futuro donde está muerto, donde está en fondo del río, donde está sonriendo con dientes que ya no tiene.

Qhaqña. Sirena del Titicaca que madre contaba cuando Artemio tenía cinco años. Historias sobre mujer que vivía en profundidad del lago antes de que el agua llenara la cuenca, cuando la cuenca era valle verde con ciudad que pecó y Pachamama castigó llenando el valle con agua durante cuarenta días, abogando a sus habitantes, convirtiéndolos en qhaqñas que ahora habitan la profundidad esperando que los vivos cometan el mismo error para arrastrarlos abajo.

Artemio creía que eran cuentos. Ahora entiende —tarde, siempre tarde— que los monstruos en los cuentos no son metáforas sino memorias. Memorias de lago que recuerda lo que las personas olvidan. Qhaqña no es criatura fantástica. Es reflejo. Reflejo de lo que vas a ser. De lo que ya eres. De lo que siempre fuiste, pero fingías no ser.

Artemio cierra ojos con fuerza. Cuenta hasta diez. Respiración irregular: inhala cuatro, exhala dos, patrón roto. Abre ojos. El rostro desapareció. Solo queda agua turbia moviéndose con el remo.

El barquero habla. Primera vez. Única vez. Voz ronca como piedra frotando piedra.

—Uywanak sipansa.

Aymara. Artemio reconoce que es aymara, pero no entiende la lengua completa. Reconoce algunas palabras: uywa es animal, sipan suena como matar. El tono es claro. No es bendición. No es despedida. Es advertencia. O confirmación. O ambas.

—¿Qué?

Silencio. El barquero no repite. No traduce. Simplemente rema. Porque algunas palabras solo se dicen una vez. Y si no entiendes la primera vez, no importa. Las vas a entender

eventualmente. Cuando sea tarde para que la comprensión sirva de algo. Cuando estés en comisaría de Yura con esposas de acero inoxidable fabricadas en Taiwán apretando las muñecas.

El bote toca la orilla boliviana. Metal raspa piedra. Artemio baja. Piernas temblorosas. Barro boliviano en zapatos peruanos. Técnicamente está en otro país. Técnicamente cruzó. Técnicamente cometió delito de evasión migratoria que se castiga con multa o prisión. Pero técnicamente también está salvando a Samuel. Técnicas que el Estado no reconoce porque el Estado no tiene categoría para «crimen por necesidad» en el código penal.

El barquero extiende la mano. Cinco soles. Artemio paga. La mano del barquero — callosa, áspera— toma el billete sin mirarlo. Ya lo contó con el tacto. Se da vuelta. Empuja el bote de regreso. Sin despedida. Sin consejo. Porque el barquero no está para ser consejero. Solo para ser testigo silencioso de mil hombres que cruzaron el río creyendo que cruzaban hacia futuro mejor cuando en realidad cruzaban hacia futuro peor.

Artemio empieza a caminar hacia La Paz. Mira hacia atrás una última vez. Río. Bote. Barquero remando. Y en el agua, por un segundo, ve el rostro de nuevo. Qhaqña. Sonriendo. Con su diente faltante que es su diente. Colmillo izquierdo. Exactamente igual. Como espejo. Como presagio. Como promesa. Voltea. Sigue caminando. Porque mirar atrás es lujo que hombre que cruzó frontera no puede permitirse.



La Paz aparece después de tres horas. Ciudad construida en cráter gigante rodeado de montañas. Casas de ladrillo rojo apiladas en laderas con ángulos que desafían la gravedad. Calles que son escaleras. Escaleras que son calles.

Mercado Rodríguez. Tres pisos de comercio informal en edificio que alguna vez fue estación de tren. Olor a comida frita mezclada con plástico nuevo mezclada con falsificación. Templo de lo falso. Aquí todo es copia. Todo finge ser lo que no es. Y nadie finge que no está fingiendo porque fingir que finges es redundancia que economía informal no puede permitirse.

Justino Apaza está en el tercer piso. Puesto 347. Treinta y ocho años. Barriga de hombre que come regular. Camisa polo Lacoste falsa. Cocodrilo bordado al revés porque la fábrica china copió el diseño de foto en espejo. Ve a Artemio. No sonrío. No saluda.

—Llegaste.

—Llegué.

—¿Cruzaste bien?

—En bote.

Justino asiente. Desaparece detrás de cortina. Regresa con caja de cartón. Sello de aduana china visible: 深圳 — Shenzhen.

—Setenta y cinco cartuchos HP 564XL. Tres dólares cada uno. Total: doscientos veinticinco.

Artemio paga. Justino cuenta de nuevo. Coinciden. Mete los cartuchos en el bolso verde. Setenta y cinco cartuchos pesan exactamente kilo quinientos.

—Quince dólares al policía peruano. Setenta bolivianos al boliviano. No regatees. Cantidad exacta. Así funciona.

—¿Y si hay inspector nuevo?

—No hay. Turno de tarde es siempre Gutiérrez y Mamani. Doce años en el mismo puesto.

Justino sabe estos datos porque lleva veinte años cruzando.

—Cualquier problema, me llamas.

—Gracias.

—No es favor. Es negocio. Tú cruzas bien, yo gano. Tú caes, yo pierdo contacto.

Honestidad brutal de economía informal donde nadie finge que la amistad importa más que el negocio.



El regreso es idéntico a la ida, pero al revés y más rápido porque ahora Artemio conoce la ruta. Minibús a Desaguadero: tres horas. Cruce en bote: tres minutos que parecen tres horas. El barquero es el mismo. Rema sin hablar. Artemio no ve a la qhaqña esta vez. O la ve, pero no la reconoce. O ya está tan dentro que la qhaqña ya no necesita mostrarse.

Toca orilla peruana. Cinco soles al barquero. Camina por sendero paralelo donde el policía espera. Gutiérrez. Cuarenta y dos años. Barriga. Bigote. Uniforme azul sin planchar. Ve a Artemio. Extiende la mano. Artemio saca quince dólares. Gutiérrez los toma sin contar. Los guarda en bolsillo de pantalón con cremallera.

—Pasa.

Y con ese pasar —con esa transacción de quince dólares que duró cuatro segundos— Artemio acaba de cruzar frontera ilegalmente con mercadería ilegal pagando mordida a autoridad corrupta. Triple crimen en cuatro segundos. Pero crimen que ya se siente normal.

Porque este es el segundo cruce. Y el segundo cruce es cuando el crimen deja de sentirse como crimen y empieza a sentirse como trabajo.

Combi de regreso a Juliaca: cuatro horas. Artemio cuenta kilómetros, cuenta curvas, cuenta camiones que pasan. Cuenta todo porque contar distrae de pensar y pensar conduce a pregunta que no quiere contestar: ¿Qué estoy haciendo? Y la respuesta es: exactamente lo que dije que no haría. Pero la respuesta también es: alimentando a Samuel. Entonces pregunta y respuesta se cancelan y queda solo la acción: seguir.



Nueve de la noche. Artemio llega a casa. Jr. San Martín oscuro. Luz pública apagada hace una semana. Solo luz viene de ventanas. Velas. Linternas. Abre la puerta. Vela de esperma prendida en la mesa. Roxana sentada. Esperando. No lee. No teje. Solo espera con manos sobre vientre de siete meses donde Samuel duerme sin saber que el padre acaba de regresar de Bolivia con delito. Levanta la vista. Los ojos no preguntan. Los ojos ya saben.

—Llegaste.

—Llegué.

Silencio. Largo. La vela chisporrotea.

—¿Trajiste?

Artemio asiente. Levanta el bolso. Roxana mira el bolso. No lo toca. Como si tocarlo fuera contaminarse.

—¿Cuánto vas a ganar?

—Mil soles. Aproximadamente.

Roxana no responde inmediatamente. Mira la vela. Fuego pequeño bailando.

—Mil soles.

No es pregunta. Es afirmación que prueba que mil soles es más que lo que Artemio gana en mes cargando cemento. Que mil soles es pago de parto más primeros pañales. Que mil soles es motivo suficiente o motivo insuficiente dependiendo de cómo calcules el valor de no ir a la cárcel.

—Artemio.

Voz suave. Peligrosamente suave.

—Vamos a hablar claro. Una vez. Solo una vez. Después de esto, no volvemos a hablar del tema. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Roxana se levanta. Va a la ventana. Mira el Jr. San Martín oscuro.

—Yo sé lo que hiciste. Cruzaste a Bolivia. Compraste mercadería ilegal. Pagaste mordida. Trajiste mercadería sin declarar. Vas a vender sin factura. Vas a ganar mil soles que el Estado no va a ver.

Se voltea.

—Y yo voy a tomar esos mil soles. Los voy a usar para comprar pañales. Para pagar el parto. Para comprar leche cuando la mía no sea suficiente.

Pausa.

—¿Sabes qué significa eso?

Artemio no responde porque la respuesta es obvia.

—Significa que soy cómplice. Que cada sol que gaste es voto a favor de que sigas cruzando. Que cada vez que compre pan con ese dinero estoy diciendo: sí, Artemio, vale la pena el riesgo.

Lágrimas. Calladas. Bajando por mejillas sin sonido.

—Y lo peor no es ser cómplice. Lo peor es que quiero que cruces. Que necesito que cruces. Que cuando veo el vientre creciendo y pienso en parto que cuesta ochocientos soles que no tenemos, parte de mí desea que traigas mercadería.

Se limpia las lágrimas con el dorso de la mano.

—Entonces no somos diferentes de ellos. De los corruptos. De los que roban. Porque nosotros también elegimos. Elegimos dinero sobre ley. Elegimos futuro de Samuel sobre honestidad. Y elegir significa ser responsable.

Camina hacia Artemio. Se para frente a él.

—Pero vamos a poner reglas. Porque sin reglas esto nos destruye. ¿Escuchas?

—Escuchó.

—Regla uno: cruces solo dos veces al mes. No más. No importa si Justino ofrece más viajes. Dos veces. Punto.

—De acuerdo.

—Regla dos: si en algún cruce sientes peligro real regresas sin mercadería. Pierdes inversión, pero regresas vivo y libre. ¿Claro?

—Claro.

—Regla tres: este dinero es solo para necesidades básicas. Comida. Parto. Pañales. Nada de lujos. Nada que nos haga olvidar cómo conseguimos el dinero.

—Entendido.

—Y regla cuatro...

La voz se quiebra. Traga saliva.

—Cuando Samuel nazca y sea lo suficientemente grande para preguntar, le mentimos. Le decimos que trabajas en construcción. Que ganas bien. Que eres hombre honesto. Y mentimos tan bien que él nunca dude.

Pausa larga.

—Porque si él sabe la verdad, va a repetir. Va a pensar que está bien. Que cruzar frontera es trabajo normal. Y no lo es. No es normal. Es lo que hacemos porque no tenemos opción, pero no es normal y Samuel tiene que tener opciones que nosotros no tuvimos.

Artemio siente el pecho rompiéndose.

—Roxana...

Ella levanta la mano. Deteniéndolo.

—No hables. Solo prométeme.

—Te lo prometo.

—Júramelo. Por Samuel.

—Por Samuel.

Roxana lo abraza. Fuerte. El vientre de siete meses presionando contra el estómago de Artemio. Samuel entre ellos. Literalmente entre ellos. Hijo que todavía no nace siendo razón y testigo simultáneamente.

—No puedo perderte —susurra Roxana—. Si te pierdo, pierdo todo. Si vas a la cárcel, Samuel nace sin padre. Nace pobre pero además nace con vergüenza de llevar apellido de padre preso.

—Entiendo.

—Entonces tienes que ser inteligente. Tienes que parar antes de que sea tarde.

—Voy a parar.

—¿Cuándo?

Pregunta que Artemio no puede contestar porque «cuándo» requiere número específico y número específico requiere admitir que ya planeó cuántos cruces más.

—Pronto.

Respuesta vaga que ambos reconocen como mentira pero que ambos necesitan creer para poder dormir esta noche.

Roxana se separa. Respira profundo.

—Dame el bolso.

Artemio se lo da. Roxana lo pone debajo de la cama.

—Mañana vendes. Traes dinero. Lo guardamos en lata de leche Gloria. Y no hablamos más del tema.

—No hablamos más.

—Nunca más.

Mentira que ambos saben que es mentira pero que tiene que ser dicha.

Roxana se acuesta. Espalda hacia él. Mensaje claro: No quiero hablar más. Ya dijimos todo. Artemio se acuesta también. No duerme. Cuenta: setenta y cinco cartuchos a doce dólares menos gastos igual casi mil soles. Casi mes de salario en dieciséis horas. Suma que funciona. Suma que justifica. Suma que mata. Porque la aritmética ignora la variable más importante: costo de normalizar el crimen. Y el costo de normalizar el crimen se paga en cuotas pequeñas durante seis años hasta que las cuotas suman cárcel. Pero eso Artemio todavía no lo sabe.

Sábado. Mercado Internacional de Juliaca. Artemio instala el «puesto»: manta de plástico en el suelo con mercadería encima. Setenta y cinco cartuchos HP ordenados en filas de cinco. Cartel escrito a mano: CARTUCHOS HP 564XL — S/40. Primera hora: una venta. Señora con pollera que regatea hasta treinta y cinco. Artemio acepta porque la primera venta es importante psicológicamente. Final del día: trece ventas. Quinientos soles en el bolsillo. Domingo: ocho cartuchos más. Trescientos veinte soles. Lunes: seis. Doscientos cuarenta. Martes: cinco. Doscientos. Total, primera semana: mil cuatrocientos veinte soles. Menos quinientos de inversión que recupera. Igual novecientos veinte soles netos.

Casi lo que gana en mes completo cargando cemento. Y todavía le quedan treinta y seis cartuchos por vender.

Esa noche, cuando regresa a casa, Roxana está esperándolo sentada en la cama. Vela encendida a su lado. El vientre de siete meses descansa sobre sus piernas cruzadas.

—Dame el dinero —dice ella.

Artemio saca los billetes del bolsillo. Novecientos veinte soles arrugados. Olor a manos que los tocaron mil veces en el mercado. Roxana los toma. Los cuenta en voz alta. Despacio. Como enseñando a alguien invisible a contar.

—Cien. Doscientos. Trescientos. Cuatrocientos. Quinientos. Seiscientos. Setecientos. Ochocientos. Novecientos. Novecientos veinte.

Separa los billetes en dos pilas sobre la cama. Cuatrocientos sesenta a la izquierda. Cuatrocientos sesenta a la derecha.

—Esta pila —dice señalando la izquierda— es para tanque de agua. Para que Samuel no tenga que bañarse con balde cuando crezca.

—Esta pila —señala la derecha— es para colegio. Matrícula y mensualidades del primer año. Colegio Micaela Bastidas. Doscientos soles al mes.

Guarda los billetes en una lata de galletas Fortunato vacía. La misma donde antes guardaba botones de repuesto. Cierra la lata. La esconde en la alacena. Detrás de la bolsa de azúcar.

—Mañana voy a Ferretería La Unión —dice—. Voy a hablar con el señor Gutiérrez sobre el tanque. Voy a pagar trescientos soles de inicial. Y si pregunta de dónde saqué la plata, le voy a decir: «Mi esposo trabaja en construcción. Le va bien.»

—¿Y si no te cree?

—En Juliaca nadie pregunta dos veces de dónde viene el dinero. Todos saben. Y todos callan. Porque todos están en lo mismo. O conocen a alguien que está.

Apaga la vela. En la oscuridad, Artemio escucha su respiración. Tranquila. Sin culpa aparente. Y entiende que Roxana no está tolerando el contrabando. Está administrándolo. Como si fuera negocio legítimo que requiere contabilidad precisa. La diferencia entre legal e ilegal no está en el acto, sino en dónde se contabiliza. En libros oficiales con facturas y sellos. O en latas de galletas Fortunato escondidas detrás de bolsas de azúcar.



Dos semanas después viene el segundo cruce. Idéntico al primero. Misma ruta. Mismo barquero. Misma mordida. Pero diferente en un detalle crucial: Artemio ya no tiembla en el bote. Ya no duda al pagar la mordida. Ya no siente que está haciendo algo mal. Siente que está haciendo trabajo. El tercer cruce llega tres semanas después, el cuarto a las cuatro semanas porque Roxana pidió que esperara. El quinto tres semanas más tarde porque Roxana ya no pide. El sexto apenas dos semanas después, porque ahora Roxana pregunta «¿cuándo vas de nuevo?» en lugar de pedirle que no vaya.

Mientras Artemio cruza el río Desaguadero en el sexto viaje —cuatro de la mañana, agua turbia reflejando luna que apenas se ve— Roxana está en el mercado de Juliaca. Sábado. Diez de la mañana. Sol que quema en altura, pero aire que hiela. Compra tres kilos de pollo. No congelado. Fresco. Del que mataron hace dos horas. Noventa soles. Antes compraba dos kilos congelados. Sesenta. Ahora Samuel come más. Y hay plata para que coma más y mejor. Compra aceite en botella de vidrio. Marca Primor. El importado. El que tiene etiqueta en inglés. Veintiocho soles. Antes compraba aceite en bolsa plástica. Sin marca. Ocho soles.

La casera la mira. Doña Enriqueta. Sesenta años. Pelo canoso. Delantal manchado con sangre de pollo.

—Te va bien, mamita.

Roxana sonríe. Apenas. Mínimo gesto que no compromete.

—M  esposo trabaja.

—Ya veo.

Silencio que dice todo sin decir nada. Doña Enriqueta guarda los billetes sin contarlos. Billetes limpios. Recien cambiados en casa de cambio de la esquina. Porque Artemio ahora cambia dólares en casa de cambio formal y paga comisión. Tres por ciento. Porque hay suficiente para pagar comisión y aun así ganar.

—Sal dame a tu esposo —dice doña Enriqueta.

—Claro.

Roxana camina hacia la salida del mercado. Bolsa de tela en mano izquierda. Pollo envuelto en papel periódico. Aceite en botella que pesa. Ve a tres mujeres que conoce del barrio. Justina. Mercedes. Yolanda. Esposas de hombres que «viajan a Bolivia». Que «traen mercadería». Que «hacen comercio». Nadie dice «contrabandista» en voz alta. Esa palabra no existe en el vocabulario público de Juliaca. Solo existe en comisarías y en cárceles.

Las tres mujeres llevan bolsas llenas. Pollo. Frutas. Pan integral que cuesta el doble del normal. Se cruzan en el pasillo central del mercado. Justina ve a Roxana. Roxana ve a Justina. Se saludan con la cabeza. Mínimo movimiento. Sin sonrisa. Sin palabras. Mercedes hace lo mismo. Yolanda también. Cuatro mujeres que se conocen. Que viven a tres cuadras una de

otra. Que van a misa en San Juan todos los domingos. Que se saludan en la calle cuando hay testigos. Pero aquí, en el mercado, solo gestos. Porque hablar sería reconocer. Y reconocer sería romper el pacto. El pacto silencioso que sostiene a media ciudad. El pacto que dice: todos sabemos, nadie pregunta, todos callan, todos sobreviven.

Roxana sale del mercado. Camina tres cuadras. Llega a la casa amarilla. Tres pisos. Fachada pintada hace un mes con dinero del tercer cruce. Ya descascarándose en las esquinas. Samuel está en la ventana del segundo piso. Mirando hacia Terminal Sur.

—¿Qué cuentas, hijito? —pregunta Roxana desde abajo.

—Camiones, mamá. Diecisiete hasta ahora.

—¿Y cuántos van a pasar hoy?

—No sé. Pero ayer pasaron cuarenta y dos. Los conté todos.

Roxana sube las escaleras. Segundo piso. Dieciocho escalones. Los cuenta sin querer. Como Samuel cuenta camiones. Entra a la cocina. Cocina nueva. Tres hornillas. Mueble de melanina blanco. Comprado hace dos meses con dinero de culebra. Guarda las compras. Pollo en refrigeradora nueva. También comprada con dinero de culebra. Marca Coldex. Dos puertas. Mil ochocientos soles. Cuenta el dinero que sobró de las compras. Ciento veinte soles. Lo guarda en la lata Fortunato que ya no está en la alacena. Ahora está en el ropero del cuarto principal. Detrás de las sábanas. Abre la lata. Dentro hay trescientos ochenta soles de semanas anteriores. Más ciento veinte de hoy. Quinientos en total. Dinero ahorrado. Dinero que no se gastó. Dinero que existe por primera vez en la vida de Roxana. Porque antes no había qué ahorrar. Antes todo se gastaba en sobrevivir. Ahora sobrevivir cuesta menos. Y lo que sobra se puede guardar.

Roxana cierra la lata. Se sienta en la cama. Mira el techo. Techo sin goteras. Arreglado hace tres semanas con dinero del cuarto cruce. Piensa: ¿Cuándo es suficiente? No responde. Porque no sabe la respuesta. Porque suficiente no existe en Juliaca. Suficiente es palabra de gente que vive en ciudades donde el Estado funciona. Donde un profesor gana lo que dice su contrato sin retrasos de seis meses. Donde un albañil encuentra trabajo cuatro semanas al mes en vez de una. Donde la electricidad llega todos los días en vez de día sí día no. En Juliaca, suficiente es: mientras se pueda. Mientras no te agarren. Mientras Dios mire para otro lado. Y la policía también.

Roxana escucha a Samuel contando desde la ventana.

—Veintitrés. Veinticuatro. Veinticinco.

Piensa en Artemio cruzando el río en este momento. Bote de madera podrida. Agua turbia. Mordida de cincuenta soles al policía Gutiérrez. Piensa en los cuatrocientos dólares que va a traer esta noche. Y en las dos pilas que va a hacer con ese dinero. Una para la matrícula de Samuel en colegio San José. Mil cuatrocientos soles. Otra para terminar de pintar la casa completa. No solo fachada. Toda. Y piensa que tal vez el problema no es cuándo parar, sino qué tan profundo se puede entrar antes de que ya no haya salida.

Esa noche, Artemio regresa del sexto cruce. Ocho y media. Roxana lo espera sentada en la mesa de la cocina. Vela encendida, aunque hay luz eléctrica. Artemio deposita el bolso sobre la mesa. Lo abre. Roxana no pregunta qué trae. Ya lo sabe. Ropa. Siempre ropa.

—Mañana vendo —dice.

Artemio asiente. Se sienta frente a ella. Manos sobre la mesa. Reloj Casio pegado a muñeca con sudor seco.

—Vi a la qhaqña otra vez —dice.

Roxana lo mira.

—¿La misma del primer cruce?

—Creo que sí. O todas son iguales. No lo sé.

—¿Qué hizo?

—Nada. Solo miró. Desde abajo del agua. Mirándome.

Silencio.

—¿Tienes miedo? —pregunta Roxana.

Artemio piensa. Responde honesto.

—Ya no. El miedo se gastó en el primer cruce. Ahora solo es costumbre.

Roxana entiende que esa es la respuesta más peligrosa. No tener miedo. Solo costumbre. Porque el miedo mantiene alerta. La costumbre duerme. Y Juliaca devora a los que se duermen.



Y así continúan los cruces. Cruce tras cruce. Normalización tras normalización. Hasta que un día —cuatro meses después del primer cruce— Artemio se despierta y se da cuenta de que ya no se llama albañil que contrabandea. Se llama contrabandista que albañilea. Cambio semántico que define el futuro.

El noveno cruce llega en una noche sin luna. Cuatro de la mañana. Oscuridad total. Ni estrellas visibles por nubes bajas. Esteban —así se llama el barquero, Artemio ya lo sabe— rema sin motor. Silencio absoluto. Solo remos cortando el agua. Artemio mira abajo. Y la ve.

Qhaqña. Misma mujer del primer cruce. O diferente. Imposible saber. Pero esta vez está más cerca. A un metro del bote. No, a tres. No, a cinco. A uno. Artemio puede ver detalles que no vio antes. El pelo no es solo negro. Tiene reflejos. Verdes. Como alga que crece en piedras sumergidas. La piel no es pálida. Es gris. Gris de pescado muerto hace días. Con manchas oscuras en cuello y hombros. Los ojos no tienen pupilas. Solo blanco. Blanco turbio. Como agua con leche derramada.

Manos extendidas hacia arriba. Palmas abiertas. Pero ahora Artemio ve que las palmas tienen marcas. Líneas. Profundas. Como si alguien las hubiera cortado con navaja y dejado cicatrizar mal. La qhaqña no mueve la boca. Pero Artemio escucha la voz. No con los oídos. Con la cabeza. Dentro. Voz que dice: nueve.

Artemio toca la piedra de Puquina. La que su madre le dio. La que supuestamente protege. Pero la piedra está fría. Más fría que el aire. Más fría que el agua. Y Artemio entiende algo que no entendió en ocho cruces anteriores. La piedra no protege de la qhaqña. La piedra marca a los que cruzan. Para que la qhaqña los reconozca. Para que los cuente. Como Samuel cuenta camiones. Como Roxana cuenta dinero. Como Artemio cuenta cruces. La qhaqña también cuenta. Uno en enero. Dos en febrero. Nueve en julio. Cuenta hasta que el número sea suficiente. Suficiente para qué, Artemio no sabe. Pero siente que lo va a descubrir. Cuando la qhaqña deje de mirar y empiece a jalar.

El bote llega a la orilla boliviana. Artemio baja. Piernas temblando otra vez. Por primera vez desde el segundo cruce. Esteban lo mira. Raro. Como si notara algo.

—¿Estás bien, hermano?

Artemio no responde. Solo camina hacia el pueblo. Hacia Justino Apaza. Hacia la mercadería. Hacia la rutina que lo está llevando a algún lugar. Un lugar donde la qhaqña espera. Contando. Siempre contando.



Esa noche. Cuatro de la madrugada. Artemio no puede dormir. Va a la ventana. Separa la cortina. Afuera, Juliaca duerme. Pero en el horizonte, hacia Terminal Sur, luces amarillas se mueven. Camiones. Formación serpiente. Culebra. Cuarenta camiones saliendo hacia fronteras. Como salen todas las noches. Como salieron hace veinte años. Como van a salir en veinte años más.

Motor de Juliaca. Motor que no duerme. Motor ilegal que sostiene economía legal. Artemio mira luces moviéndose y entiende algo que no quería entender: que él ya es parte de esa culebra. Que el noveno cruce lo convirtió en eslabón. Que eslabón de culebra no decide dirección de culebra. Y culebra va a Yura. Como siempre fue. Como siempre será.

Siente por primera vez algo que va a sentir con más intensidad en cada cruce siguiente: miedo. No miedo de ser atrapado. Miedo de no poder parar. Miedo de que «dos cruces al mes» ya sea mentira. Miedo de que la promesa a Roxana ya esté rota. Miedo de que Samuel vaya a crecer con padre que cruza fronteras hasta que la frontera lo cruce a él. Miedo de que madre tenía razón. Miedo de que la qhaqña no era alucinación. Miedo de que el barquero sabía. Miedo de que uywanak sipansa era profecía que está cumpliéndose.

El que cría serpientes, la serpiente lo cría.

Y Artemio acaba de alimentar serpiente nueve veces.

Y la serpiente tiene hambre.

Artemio cierra ojos. En oscuridad detrás de párpados, ve agua. Agua turbia del río Desaguadero. Y en profundidad, rostro. Qhaqña. Pero ahora el rostro es más claro. Ahora puede ver detalles: pelo largo flotando, ojos sin pupilas, sonrisa con diente faltante. Y algo nuevo: manos. Manos extendiéndose desde la profundidad. Manos que no invitan. Manos que jalan. Hacia abajo. Hacia donde los ahogados esperan. Hacia donde hombres que cruzaron demasiadas veces terminan.

Abre ojos. Respiración acelerada. Sudor helado. Toca el bolsillo del pantalón. Busca la piedra de Puquina. La encuentra. Todavía ahí. Fría. Akax chhijxatasktwa. Esto te protegerá. O: Akax chhijjaraskitwa. Esto te marcará. Artemio finalmente entiende que madre nunca aclaró cuál porque la piedra hace ambas cosas. Te protege mientras te marca. Te marca mientras te protege. Y la marca que la protección deja es más profunda que la protección misma. Porque la protección es temporal. Pero la marca es permanente.

Y Artemio ya está marcado. Marcado por el primer cruce que pensó que era único. Marcado por el noveno cruce que ya no necesita justificación porque ya es hábito. Marcado como madre fue marcada. Como padre fue marcado. Como todos en Juliaca están marcados. Marca de nacer en lugar donde la única opción de ascenso es cruzar línea que no deberías cruzar. Y una vez cruzas, la línea te cruza de vuelta. Y cruzarte de vuelta significa que ya no perteneces ni al lado legal ni al lado ilegal. Perteneces al intermedio. A la frontera. Al lugar donde la qhaqña espera.

Artemio vuelve a la cama.

Roxana duerme sin soñar. O soñando sueños que no comparte.

Él se acuesta a su lado, pero ya no pertenece del todo a ese cuarto.

Mira el techo.

Las grietas forman un mapa.

No un mapa de regreso.

Un mapa de ruta. Juliaca. Desaguadero. La Paz. Otra vez Juliaca. Y más allá, todavía invisible, Yura.

La piedra de Puquina permanece en su bolsillo. Fría. Pequeña. Exacta.

Akax chhijxatasktwa.

Esto te protegerá.

O quizá: Akax chhijxaraskitwa. Esto te marcará.

Artemio cierra los ojos.

Por primera vez entiende que su madre no se equivocó.

La piedra hace ambas cosas.

Lo protege mientras lo marca.

Lo marca mientras lo protege.

Y la marca que deja una protección es siempre más profunda que la herida.

Afuera, Terminal Sur ruge.

Camiones salen hacia la frontera.

Uno.

Tres.

Siete.

Diez.

Artemio intenta no contarlos.

No puede.

Porque la culebra ya entró en él.

Y lo que entra una vez, si encuentra hambre, siempre vuelve.



Sergio Esteban Flores Pinazo · Qipú Andino

Literatura Contemporánea Peruana · Avance Exclusivo · 2026

FIN DEL ACTO I

LA CULEBRA · ACTO I

FIN DEL ACTO I

LA CULEBRA YA ABRIÓ LA BOCA.

La frontera ya no está en Desaguadero.
Está *dentro* de Artemio Puma.

CONTINÚA EN:

ACTO II · ASCENSO

OBTÉN EL ACTO II
POR SOLO

S/ 1.00

ESCANEA PARA PAGAR



YAPE NEGOCIOS

992 876 368



PLIN NEGOCIOS

992 876 368



ENVÍA TU COMPROBANTE AL

992 876 368

Y RECIBE EL PDF AL INSTANTE

*“Algunas decisiones no empiezan cuando cruzas la frontera.
Empiezan mucho antes.
Empiezan cuando dices sí.”*

QUIPU  ANDINO

LITERATURA CONTEMPORÁNEA PERUANA